



Y nos tienen miedo

Una experiencia de escritura en Fuerte Apache

María Elena Saraví

Resumen: Fuerte Apache, el barrio ubicado en la ciudad de Tres de Febrero, es un lugar donde las historias emergen y se hacen presentes. Fuerte Apache -como los medios de comunicación alguna vez lo denominaron a causa de un hecho violento- un nombre que identifica a los más jóvenes, al mismo tiempo que asume el estigma de la violencia y el delito para los mayores.

En el marco de los talleres que llevó adelante la Comisión Provincial por la Memoria durante cuatro jornadas con motivo del Día Contra la Violencia Institucional los jóvenes de la escuela media N° 7 se abren y hablan de lo que significa vivir en un barrio estigmatizado y controlado por gendarmería.

Palabras Clave: Fuerte Apache – violencia institucional – estigmatización – medios de comunicación – expresión juvenil.

La Escuela de Enseñanza Media N° 7 queda en Fuerte Apache, Partido de Tres de Febrero. A pasos de la General Paz y de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Las calles no tienen carteles por ahí, pero das una vuelta, siguiendo la Juan José Paso y llegás. Llegás de alguna manera, sobre todo si ya te advirtieron que la comisaría queda al lado. Pero igual los que viven o trabajan ahí te dicen que es muy difícil llegar al barrio. Hay una especie de orgullo y dolor en el tono de voz cuando te lo dicen. Difícil de describir.

Llegamos a la escuela y los pibes están en recreo; algunos juegan al fútbol, otros charlan al sol.

Hasta hace dos años los alumnos tenían sus recreos y clases de educación física adentro del edificio. Y eso se veía como algo normal. Era la práctica habitual. En una escuela que cuenta con un espacio al aire libre donde corre el aire y pega el sol, todos los pibes pasaban el recreo adentro del edificio, en un

hall interno, con poca luz y nada de aire. Un ingrediente más del variado menú de las violencias cotidianas que reciben los habitantes de este barrio, los alumnos de esta escuela.

Llegamos a la escuela, que está donde comienza el barrio. Como nos habían dicho, al lado de la comisaría y de la salita. Nos recibe una mujer joven, de unos bellísimos ojos claros y un larguísimo manojito de rastas rubias. Controla el lógico agite escolar con absoluta naturalidad; la bienvenida a los que estamos llegando, el saludo a docentes y auxiliares que van entrando. Se dirige a los pibes que entran y salen, van y vienen por la escuela, con una actitud afectuosa, que no abunda. “¿Adonde vas?.. Dale, pero volvé enseguida que ahora tienen matemática”.

Ella se llama Jéssica y es la directora por concurso desde hace dos años. Se nota enseguida que quiere a sus alumnos y sus alumnos a ella. Lo del recreo afuera es una de las cosas que cambiaron desde que está ahí.

Hay otras cosas que no ha podido cambiar. La escuela tiene un problema grave con el suministro eléctrico. Se corta la luz sistemáticamente. Todos los días. A veces, los cortes obligan a suspender las clases, por turno; a veces, un día; a veces, varios. Pero aún en esos días que no hay clase la escuela sigue abierta, y los jóvenes circulan por ahí. La única escuela secundaria que tiene este barrio de más de veinte mil habitantes sigue siendo un lugar donde los jóvenes buscan aliados para batallar un día a día difícil.

Fuerte Apache. ¿Suerte Apache?

El barrio es un complejo de monoblocks que comenzó a habitarse en 1973 -en ese entonces, lo llamaron Carlos Mugica- y después creció, se expandió y se sobrepobló cuando los militares echaban a la gente de las villas de Capital Federal porque querían hacer autopistas para que pareciéramos un país moderno y civilizado. Ahí fue que le pusieron el nombre Ejército de los Andes.

La historia de cómo fue rebautizado el barrio es bastante conocida. Un periodista televisivo hace muchos años, mientras cubría un episodio de violencia y tiroteos lo llamó así. Y como tantas marcas que lo mediático provoca, así quedó. Fuerte Apache. El nombre del barrio también es muy conocido porque allí nació y se crió Carlos Tévez; ahí está la canchita de

fútbol donde hizo sus primeras maravillas. El nombre genera en los habitantes del barrio una disputa de sentido acerca de lo que porta llamarlo de un modo u otro.

¿Qué significa ser de Fuerte Apache? Los más jóvenes no evitan identificarse con ese nombre. Por el contrario, sostienen que ese nombre es un elemento identitario. El otro, el nombre de “Ejército de los Andes” que aparece en los mapas “es el que nos puso la dictadura”, nos dice uno de los docentes.

Sin embargo, para los más viejos del barrio, asumirse como Fuerte Apache es asumir también el estigma de la violencia y el delito que los medios le imponen. Al lado de la escuela justamente hay un mural que hicieron los jóvenes que dice Fuerte Apache en letras enormes. Ellos nos cuentan el debate intergeneracional que se generó en el barrio cuando lo estaban pintando. La F de fuerte terminó entrelazada con la S de suerte generando un juego de sentidos entre las palabras suerte y fuerte que satisfizo de algún modo las identidades de todos.

Johan

El que nos explica todo esto es Johan. Él participó en el grupo de “Museo a cielo abierto” que pintó ese y otros murales durante el 2014. Tiene 17 años y asiste a la Escuela Media N° 7. Johan se enorgullece de ser muralista y nos lo cuenta. También participa activamente en el centro de estudiantes del colegio que copa la parada, nos lleva de visita guiada por el barrio y mira con desconfianza a los recién llegados. Tiene muchos hermanos, de sangre y de los otros. Los adora a todos. En un brazo tiene tatuados los nombres de dos de ellos. En el otro el de su mamá que los cría sola, y en el pecho, con un corazón rojo al medio, enormes, el nombre de su abuela y el de su hermanita discapacitada.

Todos los que estamos ahí sabemos que a Johan en febrero la Gendarmería lo secuestró y lo torturó durante seis horas porque buscaban a su hermano, que ahora está preso. Pero es difícil hablar de eso directamente. Johan se anima y lo cuenta un poco en el grupo. Lo que mas lo angustia ahora es la situación del hermano.

La historia con la Gendarmería en el barrio tiene varios años. Desde hace muchos, patrullan las calles y para acceder a él hay que pasar por las garitas que controlan los accesos. Vivas o no en el barrio.

La tensión que genera su presencia es muy fuerte. Muchos de los habitantes del barrio, avalaron su instalación, la sintieron como un alivio, o una posibilidad de cambiar las cosas. A pesar que el hostigamiento, sobre todo a los jóvenes, es permanente. Y en el caso de Johan llegó al extremo de la detención y las torturas.

Los talleres

La experiencia que relato se produjo en el marco de talleres que llevó adelante la Comisión Provincial por la Memoria durante cuatro jornadas con motivo del Día Contra la Violencia Institucional que se conmemora nacionalmente el 8 de mayo en referencia a la Masacre de Ingeniero Budge de 1988. Los talleres se realizaron con alumnos de escuelas de Tres de Febrero; la EEMN 7 y otras del distrito.

A la escuela fuimos cuatro veces. El tiempo suficiente para que surgiera algo parecido a la confianza entre los pibes que compartieron con nosotros ese tiempo. Y en el tono de confianza aparecen las historias. El grupo que se armó para escribir y cantar hip-hop fue de mujeres. Una característica muy distintiva, teniendo en cuenta que los grupos de hip-hop que existen en el barrio son todos, absolutamente todos, de varones. Ellas se plantaron desde el comienzo sabiendo que iban a protagonizar ese espacio. Con la misma decisión escribieron para cantar una letra en la que dicen sin mediaciones lo que se siente ser joven en Fuerte Apache:

*“Estoy atrapado en la discriminación.
Por estar en un barrio con mala reputación.
Deseo cambiar eso. ¿Qué forma tienen de vernos?
Por qué solo nos juzgan a través de los medios.
Y nos tienen miedo. Conocenos y hablá luego. ¡Somos revolución!”*
(Fragmento de la canción)

Otro grupo hizo una recorrida por el barrio para hacer periodismo. La idea era describir lo que se veía y con ello construir una crónica:

“Este barrio es como el cuerpo humano, donde las diversas escaleras y pasillos desempeñan el papel de las venas y las arterias que conec-

tan todo. Las personas son como la sangre, yendo y viniendo yendo y viniendo.

Por estas tiras, monoblocks y nudos es muy fácil perderse al caminar, pero también es fácil encontrarnos en los muros que nos recuerdan a los pibes que ya no están y el orgullo de las personas que aquí viven. Los vecinos y vecinas de este barrio, como en otros, son gente trabajadora, que día a día sale a conseguir el pan. Aunque también están aquellos a los que sin importarle el resto de las personas, salen a la calle a destruir la tranquilidad.

En la entrada de esta escuela, frente a esta plaza, un mural nos recuerda la mala fama que construyen los medios: Fuerte Apache es marcado como peligroso, inseguro; mientras tanto, escuchamos que los pibes y pibas relatan historias de cómo los gendarmes y la policía los para, los verduguea, les pega, les pide plata y les quita la vida en las calles”.

(Fragmento de la nota)

En todos los casos, a los jóvenes se les propuso escribir sobre su vida cotidiana; tal vez eso haya sido un disparador potente, pero que permitió la conexión con el sentido de lo que hacían: transmitirle a otros frente a un micrófono su propia realidad.

¿Será posible incorporar a los modelos legitimados sobre la escritura las prácticas culturales que parecieran estar en los bordes? Por ejemplo, escribir una letra de hip hop o contar lo que pasa en el barrio... ¿Por qué en la escuela podemos leer el Cervantes pero no podemos incorporar las revistas de motociclismo que los jóvenes consumen? ¿Por qué analizamos textos consagrados pero nunca uno que circule en el Facebook?

La experiencia de los talleres y lo producido en ellos nos permite al menos suponer que el acto de producción de un texto no es algo alejado del cotidiano de nuestros jóvenes, si logramos concebir la escritura como un gesto necesariamente conectado y cargado de sentido por la el cotidiano.